

¿Quiénes son los intelectuales?

("Nuevo Mundo", Madrid, 13 julio 1905)

2-130 (1)

2-58

¿QUIENES SON LOS INTELECTUALES?

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo II

¿Quién de nosotros, los que escribimos para el público, no ha usado, no ya una sino muchas veces, en estos últimos tiempos el sustantivo *intelectual*? ¿Quién no ha hablado de los intelectuales, distinguiendo con tal nombre a una variedad de hombres por oposición á otras variedades? Y la verdad es que si se nos pidiera á cuantos nos hemos servido de semejante denominación, el que la definiéramos, nos habríamos de ver, los más de nosotros, en un gran aprieto.

En escritos míos, publicados en *La España Moderna*, he tratado por extenso de la diferencia que podría establecerse entre los *carnales*, los *naturales*, los *intelectuales* y los *espirituales*, distinciones que provienen ya nada menos que de San Pablo, pero ahora no voy á meterme en tales recovecos y complicaciones, sino á tratar la cosa más llanamente y conforme al común sentir de las gentes.

Es, desde luego, un lugar común, que por lo mismo de serlo conviene razonar y si fuera posible darle forma paradójica—el convertir en paradojas los lugares comunes es renovar y acrecentar su benéfica influencia,—es un lugar común lo de que no hay trabajo manual que, de ejercerlo debidamente, no exija inteligencia é intelectualidad, ni hay trabajo intelectual que no sea, en mayor grado de lo que se cree, trabajo fisiológico, ya que no manual. Con los músculos, tanto como con el cerebro, se llevan á cabo muchas obras que se estiman fina y altamente intelectuales.

Lo que quiero hacer notar aquí, es que de cada veinte veces que se habla de intelectuales, las diecinueve se trata de literatos de meros literatos, de autores de poesías, dramas ó novelas. Apenas se llaman á sí mismos intelectuales sino los literatos. Cuando oigo á algún desconocido decir «nosotros los intelectuales...», me digo al punto: ¡vamos, éste es literato!, sin que jamás se me ocurra pensar que es físico, químico, matemático, fisiólogo, jurista, ingeniero, y mucho menos que sea inspector de una compañía de seguros, director de una fábrica de vidrio ó gerente de una sociedad minera.

Y lo cierto es que para llevar bien una inspección de seguros, una fábrica de vidrio ó una sociedad minera, hace falta tanta inteligencia como para componer una oda, una comedia, un cuento ó una novela. Y hasta espíritu é idealidad puede ponerse, tanto en el un ejercicio de la actividad intelectual como en el otro.

Creemos algunos, yo no sé con qué fundamento, que la intelectualidad no está en el género de labor á que un hombre se dedica, sino en el modo de ejecutarla, y que hay no pocas llamadas obras de arte que están construidas con el mismo espíritu y obedeciendo á los mismos móviles conque se construye un armario de luna ó un par de zapatos.

De un celeberrimo pintor de pasados siglos, de uno de los más grandes pintores según la calificación hecha, se ha podido decir que tenía sentidos y no cerebro. Era un sensitivo y no un intelectual. Y hay no pocos artistas, no ya pin-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

tores, sino escritores, que nos deleitan cuando describen con la pluma—tratando de rivalizar con el pincel—escenas ó paisajes, pero que en cuanto se meten á filosofar y á querer sacar punta y enseñanza á los sucesos que describen, caen en la más ramplona y más miserab e filosofía. ¿Puede llamarse á éstos intelectuales?

Teófilo Gautier se definía á sí mismo, diciendo: yo soy un hombre para quien existe el universo visible. Y no es poco el ser un hombre para quien el mundo visible existe, ó como suele también decirse, un hombre que tiene ojos en la cara. Pero, ¿es ésto suficiente para considerarle como un intelectual, y por saber describir soberana y hermosamente una encina, pongo por caso, ¿ha de querer dar lecciones sobre el modo de cuidar las encinas á un guardamontes ó montaraz, ó lecciones de fisiología vegetal á un botánico?

Egregio artista de la pluma era, sin duda, Emilio Zola; pero, ¿hay hoy persona medianamente culta que tome en serio la tosquísima sociología de sus novelas ó la psicología, verdaderamente deplorable y ruda, que vierte en no pocos de sus libros? ¿Hay quien no se sonría leyendo aquel ridículo *Doctor Pascal*, en que se nos presenta á un sabio de guardarropa, que no anda lejos de los caricaturescos sabios de las novelas de Julio Verne?

Uno de los más grandes literatos—muchos creemos que el más grande—de la Italia contemporánea, Josué Carducci, decía en 1887 en una carta al director del *Resto del Carlino*, que creía cosa dañosa al vigor moral de un pueblo la demasiada literatura, que la demasiada literatura perdió á Grecia y enerva á Francia, y que Italia, teniendo que cobrar fuerzas, necesita muy otra cosa que excitantes ó depr mentes neuróticos, y la literatura de hoy no puede dar otra cosa. Y añadía: La imposibilidad de que saliese en Italia una novela italiana legible, era para mí una prueba y un consuelo de que á este pueblo le quedase todavía una fibra de los antiguos rifiones (*delle rent antiche*), era una esperanza para el porvenir.

Suscribiría yo estos juicios del máximo literato Carducci con una aclaración, y es que creo, en efecto, dañosa para un pueblo la demasiada literatura que es demasiado literatura, es decir, mera literatura, no más que literatura, amena y vaga literatura. Las grandes, las fuertes, las fecundas, las duraderas obras literarias, son las que están libres de literatismo, las que son algo más que obras de amenidad, ó sumas de saber, como la *Divina Comedia*, ó producciones filosóficas como el *Fausto*, ó resúmenes de toda una civilización.

Y en todo caso santa y buena es la producción literaria, gran consuelo para las congojas de la vida y gran recomfortación en el trabajo y elevadora del espíritu, pero no puede ni debe consentirse que traten los literatos de monopolizar el dictado de intelectuales, cuando se puede ser un muy apreciable, y hasta en ciertos respectos técnicos, admirable literato, y un pésimo intelectual, ó mejor dicho, un *intelectual*.

MIGUEL DE UNAMUNO

